

CESEDEN

EL CAMARADA Y EL JEFE

Reformismo militar y legitimidad institucional

- Por Alain Rouquié
- De la Revista "Revue française de Science Politique" nº 3, Volumen 29.
- Traducido por el Coronel de Ingenieros DEM Don Juan Manuel SANCHEZ SOPRANIS Y FAVRAUD.



Marzo 1980

BOLETIN DE INFORMACION nº 134-IX

La mayoría de las intervenciones militares en la vida política de los Estados contemporáneos se efectúa en el sentido de la conservación social. Este aserto banal parece tener fundamento tanto para Europa como para los países de Asia o de Hispanoamérica. Y Africa, ambigua también en esto, brinda sin embargo al lado de regímenes pretoriaños difíciles de clasificar, una gama variada de situaciones autoritarias en las que el Ejército se esfuerza en mantener o restablecer un orden neocolonial. Esta tendencia general, fácilmente observable, parece evidentemente fluir de ciertas características institucionales comunes, a través de continentes y naciones, a los distintos Ejércitos. La función defensiva tanto como el funcionamiento efectivo de los aparatos militares basado en la autoridad jerárquica y en la disciplina vertical parecería, por lo tanto, predisponer el espíritu militar al conservadurismo.

Por ello los observadores no dejan de manifestar su asombro, incluso su incredulidad en ciertos casos, cuando una institución reputada como guardián del orden participa en el cambio social y se erige en fuerza revolucionaria. Un periodista decía "Militares distintos de los demás" a propósito del golpe de Estado peruano de 1968 (1). La revolución de los claveles en Portugal ha conmovido incluso momentáneamente el antimilitarismo de la izquierda europea (2). No obstante, estas experiencias de militarismo reformista, si a menudo son mal conocidas, no son tan raras como se supone generalmente. Su relativa multiplicación y su radiación son tales que ciertos grupos políticos que se afirman socialistas han orientado su estrategia, al menos en Hispanoamérica, hacia la búsqueda de alianzas privilegiadas con "militares patriotas y progresistas".

De hecho, desde Naser a N'guabi, pasando por Somalia, Sudán, Perú, Dohomey, ayer Portugal y hoy Etiopía, no faltan las experiencias de "revoluciones" llevadas a cabo por militares. Entendemos evidentemente por revolución profundos cambios de las estructuras que modifican el sistema de dominio, favorecen la justicia social y, lo más a menudo, refuerzan la independencia nacional. Apartamos por lo tanto a priori los regímenes militares que cabría llamar modernizadores y que se dan como objetivo un crecimiento económico acelerado o la racionalización de la economía nacional conforme a las exigencias de un capitalismo eficaz. En efecto, fuera de algunas tiranías, todos los regímenes dominados por los militares pueden fácilmente inscribirse en esta categoría, como lo han pretendido numerosos autores (3). Pero no es con la vara de sus retóricas justificativas que se medirá el carácter auténticamente revolucionario de un régimen. Será en función de las reformas concretas realizadas, de los apoyos recibidos, de la naturaleza de sus adversarios y de las oposiciones que suscitan, se podrá apreciar el sentido y la naturaleza de la acción de los militares afectados.

Siendo esto así, nos ha parecido útil proponer una reflexión comparativa acerca de ciertos aspectos de estas "revoluciones militares". No para intentar entender las causas y las razones de estas intervenciones "diferentes" y las raíces nacionales, sociales, corporativas o coyunturales del progresismo militar. Este asunto ha sido ya relativamente explorado. En cambio, aislar las modalidades del comportamiento militar, tratando de despejar eventuales rasgos comunes, esquemas recurrentes a través de la disparidad de las realidades nacionales, podría permitir entender en su práctica al "pretorianismo radical". La política comparada apenas se ha aventurado en este terreno. Mas el examen riguroso de estas situaciones límites evitaría las generalizaciones descriptivas y las explicaciones impresionistas. Abriría, además, ciertas perspectivas sobre los mecanismos internos de los "partidos militares". Es un boceto totalmente insuficiente el que aquí presentamos. Lo que sometemos a discusión es, antes la validez del enfoque que sus resultados.

Al señalar una pista de investigación comparativa alrededor de un fenómeno relativamente circunscrito y acerca de un número de casos límites, esperamos tocar ciertas relaciones profundas entre la especificidad militar y el poder. La puesta al día de configuraciones estables y comunes a las múltiples experiencias de poder militar transformador, lleva a considerar las restricciones institucionales y el sistema normati

vo que condiciona la acción de los soldados revolucionarios. Nuestra hipótesis central podría ser que la legitimidad interna de las instituciones y de la sociedad militares forma el marco del progresismo de los Ejércitos y traza los contornos de su acción. Examinaremos, pues, sucesivamente las formas de organización estatal establecidas por las "revoluciones militares" así como su funcionamiento efectivo antes de considerar los mecanismos y procedimientos internos del poder militar que han contribuido a modelarlos; dicho de otro modo, la morfología y la sintaxis de un poder que, más que ningún otro, tiene su propia gramática.

ESTADO PRETORIANO Y RADICALISMO MILITAR

La génesis inmediata y obligada del poder marcial marca fundamentalmente, cualquiera que sea su orientación, la constitución de los regímenes militares. Tanto, por no decir más, que la naturaleza de la institución que asume el gobierno o controla sus resortes. Al principio - era el golpe de Estado. Las causas y las circunstancias varían hasta el infinito. El Ejército puede tomar el partido de una insurrección civil contra el poder establecido, relevar una huelga general, en pocas palabras, hacerse el portavoz y la expresión estatal de una agitación popular como sucedió en varios países africanos durante los diez últimos años, sin embargo la intervención militar obedece al mismo modelo, presenta secuencias idénticas (4). No todo fluye de estas premisas, pero el conjunto de las instituciones y de las decisiones lleva su marca. Un régimen militar, incluso liberador, tiene siempre una dimensión autoritaria innegable. - ¿Cómo puede un golpe de Estado de las Fuerzas Armadas desembocar en una revolución social?

El pecado original del poder militar y la "revolución desde arriba".

El derrocamiento de las autoridades civiles por una intervención militar significa la usurpación del gobierno por una rama del aparato del Estado. El golpe de Estado militar es desde luego, por definición, un "golpe de Estado" sobre sí mismo. Esta ruptura que podríamos llamar metonímica, al tomar la parte por el todo, lleva consigo, en vista de la naturaleza de los cuerpos militares, que una burocracia se haga gobernante. Y ello independientemente de las intenciones o de los proyectos de

los actores. Por otra parte, el golpe de Estado constituye con toda evidencia una actividad extraprofesional cuyo éxito está vinculado, si no siempre al efecto de sorpresa, al menos al secreto y a una iniciativa minoritaria en la aplicación. La conspiración previa, esté o no en consonancia con la opinión pública, está en las antípodas de un movimiento social. El complot, lejos de arrastrar una movilización política de las fuerzas sociales interesadas en el cambio, las excluye o las ignora.

Ciertamente, el asalto al poder blanquista presenta en su versión leninista original características comparables en ciertos puntos. Pero los "revolucionarios profesionales" sólo se consideran como una vanguardia especialmente atenta a las condiciones sociales objetivas. El arraigo del "partido", al menos en la clase obrera si no en "las masas populares", viene por otra parte a compensar el aislamiento táctico u organizacional, incluso la soledad de las tentaciones "putschistas". Por el contrario, desde su advenimiento, el "pretorianismo radical" aparece como un despotismo ilustrado: todo para el pueblo, nada por el pueblo. Al entronizar el poder de una élite burocrática, la intervención militar contribuye a aislar al Estado. Queda por establecer el apoyo popular indispensable a las transformaciones sociales y a la conducción de una experiencia radical. Aquí tocamos el problema principal que se plantea a los revolucionarios de uniforme en todas las latitudes.

Los responsables de los regímenes militares progresistas presentan las más de las veces una actitud ambigua y titubeante ante la participación popular, ya sea de tipo ascendente o descendente, de tipo "estalagmita" o "estalactita", para emplear la distinción de J.P. Nettl. Raras veces consiguen capitalizar, canalizándolos, los apoyos que les atraen las reformas que promueven. Incluso se ha observado una tendencia a mantener políticamente desmovilizados los grupos dominados de la sociedad que se benefician del nuevo régimen. La irrupción popular en la esfera política es poco apreciada por las cumbres del Estado. El poder militar desconfía de la espontaneidad de las masas y manifiesta a veces con rigor su hostilidad a la autonomía de las organizaciones populares. En el mejor de los casos, conscientes del peligro del vacío social, los soldados revolucionarios admiten con reticencia un cierto tipo de movilización conformista estrechamente controlado si no manipulado por el Estado y más bien puntual que institucionalizado.

Si, como se ha podido decir, "la explosión de participación" forma parte de "la esencia de las revoluciones" (5) pocos regímenes mili

tares merecen este título. Mas es cierto que las grandes revoluciones - del siglo XX parecen haberse quitado muy pronto de encima, tras un período inicial de efervecencia popular, las intrusiones de la "base" y la "participación de las masas". Los soviets ya no son en la URSS más que una referencia histórica sin contenido desde la época de Lenin y la famosa "línea de masa" del maoísmo no consigue disimular a pesar de las "Cien flores" y de la "Revolución cultural" (o a causa de ellas...) la trilogía leninista dominante: partido único, ideología única, monopolio del Estado (6). Sin embargo, además de la fase democrática o al menos participativa vinculada al advenimiento de un proceso revolucionario auténtico (es decir, nacido en el marco nacional y no importado de fuera) y que se encuentra en contextos político-ideológicos distintos en Cuba, en Argelia, incluso en Tanzania, los revolucionarios "civiles", sobre todo si se afirman marxistas-leninistas, se apresuran a instalar múltiples - instituciones movilizadoras destinadas a sostener el nuevo régimen. Por el contrario, es innegable que los pretorianos progresistas manifiestan una reserva hacia los cuerpos intermedios, cuya necesidad política no ven.

El régimen "revolucionario nacionalista" que nace en 1968 en Perú, bajo la presidencia del General Velasco Alvarado, ilustra en forma notable esta postura. En efecto, según un documento oficial, especie de programa de gobierno revolucionario, la meta de las Fuerzas Armadas peruanas no era otra que la información de una "democracia social de plena participación" (7). La participación es la "piedra angular de la revolución". El proceso revolucionario repudia toda forma de autoritarismo. Dicho esto, cuando se examina la ejecución de este objetivo liberador, se ve que la participación de que se trata se limita, en el mejor de los casos, al entorno inmediato del ciudadano, a su lugar de trabajo y de vivienda, pero excluye el sistema de decisión nacional, monopolio de los militares. Además, el gobierno, para proteger al pueblo contra las "ideologías importadas", se brinda en ese mismo texto a "orientar la marcha de las asociaciones evitando que sean manipuladas por minorías o grupos cuyos intereses les serían extraños". En la práctica, la actitud desconfiada, incluso hostil hacia los Comités de defensa de la revolución, nacidos casi espontáneamente en 1969 después de la promulgación de la ley de la reforma agraria, confirma que el gobierno militar no admite apenas más que la movilización que incita y controla (8). La creación de una agencia burocrática con este fin lo confirma bastante. Esta, bautizada Sistema nacional de apoyo a la movilización social (SINAMOS), nunca ha pasado del estadio de una oficina de manipulación social y su tra

yectoria está jalonada con más fracasos que éxitos.

La contradicción entre el modelo de sociedad proclamado y la voluntad de control estatal es patente en el caso peruano. ¿No de clara uno de los jefes del SINAMOS que éste era "la escuela de la participación"? De ahí a tratar a los ciudadanos como a alumnos o a menores de edad sólo hay un paso. Perú no es un caso aislado. Para los Oficiales libres egipcios, el Ejército, según una publicación oficial, es una "universidad que instruye al pueblo". (10) Gamal Abdel Naser, en su "Filosofía de la revolución", define así los papeles que corresponden a los oficiales revolucionarios y al pueblo: "Nuestra misión era la de una patrulla de vanguardia ... Las masas tenían que seguirnos como un Ejército regular" (11). El Sudán del General Numeiry que, a partir de Mayo de 1969 trata de reproducir el modelo naseriano, proporciona un ejemplo violento de negación de la autonomía del movimiento popular, que desemboca en la liquidación en 1971 del Partido comunista sudanés. El Ejército no acepta compartir la dirección de la revolución para acelerar su ritmo. El control de las fuerzas políticas y sociales, incluso y sobre todo aliadas, parece ser una constante del modelo de radicalismo militar. Más que de paternalismo, se puede hablar como Jean Lacouture a propósito de los Oficiales libres egipcios, de un "fraternalismo tiránico" (12) que tiene a menudo la mano pesada. Se ve hasta que punto el sistema de poder salido de una intervención militar se inscribe difícilmente en una dinámica revolucionaria. El socialismo de los oficiales titubea entre el vértigo de la popularidad y la posición de atención social. La solución carismática viene a veces a resolver provisionalmente esta incertidumbre, como lo demuestra Perón o Naser. Pero una desmilitarización temporal no hace más que rechazar el problema de la institucionalización del poder militar.

Poder vertical y modelo administrativo.

La cultura de no participación que domina la sociedad militar va del brazo con la imagen que los militares que intervienen se hacen de sí mismos - o al menos se dan. Al atribuirse la representación de un interés nacional suprasectorial, las Fuerzas Armadas desconfían del pueblo dividido por conflictos e intereses de grupo o de clases. Los cuadros de mando de los Ejércitos modernos, vueltos hacia el Estado y propensos a no considerar más que las soluciones administrativas de los problemas, estiman que su institución está situada por naturaleza por encima de la política en el momento mismo en que interviene en la lu--

cha. Asimismo, no es raro que los Oficiales condenen implícita o explícitamente los partidos políticos en nombre de la unidad nacional. La política de los militares, en tanto que institución, no es a menudo, al menos a nivel del discurso, una "antipolítica". (13)

Se ha repetido frecuentemente que el sistema normativo militar basado en el mando estaba poco adaptado al "arte de lo posible" hecho de chalaneo y de compromisos. Afirmación que no cabe extender a los hombres políticos salidos de los cuarteles: el Generalísimo Franco y el General Perón eran maestros en el arte del trato y de un maquiavelismo autoritario ciertamente, pero sin duda muy poco marcial. Los profesionales de un "arte sencillo, todo de ejecución", cuando no intentan gobernar un país, como se manda un regimiento, quedan marcados por actitudes voluntaristas. Las Fuerzas Armadas serían para los militares un ideal de organización social. Todas estas ideas recibidas podrían constituir otras tantas hipótesis sanas para ser confrontadas con los esquemas de organización política de los Estados con dominio militar, cualquiera que sea su grado de ardor reformador.

Porque llaman la atención las semejanzas institucionales de los regímenes militares que llamaremos constituyentes (para distinguirlos de los regímenes "care-takers", restauradores y transitorios). Así, los militares intentan de buena gana crear contra los partidos del antiguo régimen pero también en lugar de un partido político oficial asociaciones no partidistas, incluso no políticas, o agencias burocráticas sustituto de organizaciones políticas. En Birmania, en 1958-1960, el Ejército en el poder establece la National Security Association (NSA) cuyos objetivos y medios no son muy distintos del SINAMOS peruano al que nos referíamos anteriormente. Asimismo, el Consejo revolucionario egipcio que toma el poder en 1952 (Revolutionary Command Council) crea sucesivamente el Liberation Rally y la National Unión antes de resignarse, tras dos duros fracasos, a adoptar un modelo de partido único más clásico pero igualmente centralizado: la Unión socialista árabe. El mismo Naser decía en 1953 del primer aparato de movilización: "No es un partido político (...) sino un medio de organizar las fuerzas populares para reconstruir la sociedad sobre bases sanas" (14). Concepto coherente con la idea que ese mismo Naser se hace del Ejército del que dijo a propósito del golpe de Estado antimonárquico de 1952: "La situación de Egipto exigía en efecto la intervención de una fuerza concentrada en una organización capaz de alejar a sus miembros de los riesgos que lleva consigo una lucha constante entre clases e individuos ... Sólomente el Ejército

presentaba las condiciones requeridas" (15). Incluso en la experiencia portuguesa revolucionaria de 1974, en la que las Fuerzas Armadas estaban sin embargo penetradas por las organizaciones políticas y tenían por meta la restauración de la democracia pluralista, no faltó la tentación de la organización no partidista. Después de las elecciones para la Constituyente, especialmente, Oficiales de prestigio lanzaron la idea de un "MFA civil" que cubriera estructuras de participación popular directa y abandonara a los partidos de izquierda a sus inexplicables disputas, sin dejar de amenazarlos con una eventual disolución.

La organización del Estado obedece a los mismos criterios de control y de centralización en todos los regímenes militares progresistas, cualquiera que sea la ideología que declaren tener, desde el momento en que se institucionalizan. Así, la Somalia marxista-leninista del General Siad Barré y el Sudán naseriano del General Nemeiry han adoptado estructuras administrativas de tipo piramidal sensiblemente idénticas, antes de hacer con la misma prudencia, la experiencia del partido único (16). En ambos casos, todo lo que toca de cerca o lejos la movilización y la dimensión ideológica está centralizado bajo la égida de un ministerio de "national guidance", verdadera agencia de la ideología nacional. Por otra parte, una unión vertical de consejos, rígidamente estructurados de la base al vértice del Estado, permite a las autoridades centrales imponer en la última aldea las decisiones de los Consejos revolucionarios gobernantes. En Somalia, antes de la creación del partido único, organizan las acciones colectivas: ¿influencia del "socialismo científico" u organización militar? Sea lo que sea, estos comisarios son, las más de las veces, Oficiales.

En los sistemas políticos considerados, es evidente que gobernar, es organizar. Perón, que era también general, daba como meta a su "justicialismo" la transformación de la Argentina liberal en una "comunidad organizada", como si la corporación de la que era oriundo y que lo apoyó durante diez años se reconociera en él en el rechazo de la espontaneidad, de lo inorgánico, una clase de irracionalismo social que será preciso hacer desaparecer a toda costa. Esta burocracia social en la que algunos han visto un eco de los modelos corporativos europeos, no es tal vez el mejor adaptado a los fines revolucionarios. Cabe incluso preguntarse si las evoluciones y los límites del "pretorianismo radical" no se inscriben en estos esquemas de poder verticales.

Termidor después de Brumario

En el palmarés de las revoluciones abortadas, las llevadas a cabo por militares estarían sin duda en cabeza. Las experiencias progresistas dirigidas por el Ejército giran frecuentemente en redondo cuando no se transforman en contra-revoluciones declaradas. Ciertamente, todas las revoluciones tienen su Termidor. Pero las involuciones bruscas, los retornos de péndulo inesperados y los giros de ciento ochenta grados parecen distinguir el poder militar. Estos movimientos, por su amplitud, pueden ser comparados a las luchas de clanes y facciones o a las intrigas de palacio de los regímenes comunistas en los que depuraciones, eclipses y giros de fortuna no tocan lo esencial. De hecho, contragolpes o deslizamientos pacíficos pero súbitos, las mutaciones pendulares del poder marcial no dejan de tener relación con el aislamiento del dominio militar y sus mecanismos institucionales. Sin duda tiene razón Lucien Pye cuando considera a los Oficiales como de "subestimar las dificultades de cambiar la sociedad civil" (17). Cabe suponer que la formación recibida en las escuelas militares prepara poco para apreciar la suma de "aprendizaje colectivo" necesaria para las mutaciones sociales (18). En cambio, fomenta el voluntarismo.

Un partido político puede evolucionar, moderarse o radicalizarse en función de las circunstancias o de los intereses en juego. El partido militar es una organización con ideología variable. Las discontinuidades de orientación dependen de lealtades corporativas, de procesos de reformulación estratégica o táctica y organizacional que no se cuidan de fidelidades políticas. Lo que es cierto para el actor colectivo lo es asimismo para los actores individuales. En Argentina, los capitanes que participan en el pronunciamiento aristocrático del General Urriburu en 1930 son los coroneles populistas que, en 1943, se alían con los sindicatos. El presidente Sadat, antiguo Oficial libre, desnaseriza Egipto con el apoyo del Ejército, entre otros. En Perú, el General Morales Bermúdez, ministro del General Velasco, dirige después del derrocamiento de éste en Agosto de 1975 el desmembramiento de la "revolución peruana" en nombre de ésta. Cabría multiplicar los ejemplos. En la República popular del Congo, el Coronel Opango, que pasa por moderado, sucede en la cabeza del Estado al presidente N'guabi, asesinado en Marzo de 1977, y pone un fin a la radicalización de la "revolución" a la par que proclama su adhesión al "socialismo científico". ¿Y qué decir de los múltiples giros en redondo de hombres, e incluso de unidades, en el Portugal convulsivo de 1975?

De hecho, un programa de cambio social y las mejores intenciones no bastan para alterar en forma duradera las bases del poder económico y del dominio. Por falta de una dinámica popular, los reformadores del Ejército tienen los recursos necesarios para alcanzar sus objetivos. Las palabras atribuidas a Talleyrand acerca del buen empleo de las bayonetas siguen siendo ciertas en todos los continentes. Sin apoyo social, sin el apoyo de las fuerzas radicales, la revolución desde arriba se paraliza, cuando no se hunde, en el confort burocrático. El voluntarismo y el aislamiento tecnocrático hacen por lo tanto decisivos los reequilibrios internos y los consensos sucesivos, en ausencia, de enlace orgánico con el movimiento social. La fragilidad de un poder fuerte, no tiene más igual, que su alejamiento del terreno en el que tienen lugar los enfrentamientos reales. El progresismo militar se rompe muy a menudo contra los obstáculos que él mismo se ha impuesto. A menos que sus objetivos sean más modestos que su discurso.

Revoluciones centristas o la pendiente del populismo.

Lejos de nosotros la idea de conceder diplomas de "radicalismo" en nombre de cualquier concepto teórico de la "Revolución". Antes quisiéramos tomar la palabra a los revolucionarios de uniforme. Parece evidente que nos encontramos frente a regímenes al menos ambiguos, difíciles de clasificar, incluso de interpretar. Cabe muy a menudo preguntarse si los regímenes de dominio militar con contenido innegablemente transformador no practican sistemáticamente un extremismo verbal que hace las veces de política y asegura satisfacciones simbólicas altamente rentables en el interior y en el exterior del Ejército. El "pretoria nismo radical" parece dispuesto a detenerse en las puertas de ciertos santuarios socio-económicos. Perón excitaba el odio de clase de los desca misados contra los latifundistas, pero jamás hizo un gesto para tocar la gran finca. El Benín "marxista-leninista" del Comandante Kerekú ataca el "imperialismo internacional" y promulga un código de las inversiones extranjeras de los más liberales (19). La República popular del Congo, asimismo, se cuidó mucho de tocar de 1968 a 1974 a lo esencial del sector privado en manos de los franceses (20). En Perú, el "socialismo humanista" se llevaba muy bien con las grandes sociedades mineras norteamericanas. ¿Contradicción, incapacidad o simple prudencia? Lejos de nosotros la idea de atribuir al carácter militar de un régimen limitaciones debidas a la debilidad o a las imposiciones internacionales y que afectan igualmente a los gobiernos civiles. Tomemos como prueba el caso de la Guinea "socialista" de Sekú Turé en la que el antimilitarismo militante se acomoda con "contratos de inversiones de carácter colonial" (21).

No obstante, en los casos que hemos evocado y que se sitúan en contextos muy distintos, todo sucede como si, pese a las proclamas (o a causa de ellas), estos reformadores de uniforme se negasen a ir hasta el extremo de la lógica del cambio que ellos han promovido. El radicalismo militar ataca raras veces la raíz del dominio y de la dependencia. Este "socialismo del verbo" sólo recubriría, según ciertos observadores, un simple proceso de modernización capitalista (22). El papel del Ejército sería el de destruir las resistencias al cambio y de desbloquear por la fuerza la sociedad, evitando los "deslizamientos" subversivos de los regímenes progresistas civiles.

De hecho, estas diversas experiencias tienen generalmente por consecuencia crear o restablecer un cierto equilibrio social, poner fin a una asimetría peligrosa. La búsqueda de la estabilidad les lleva a congelar - provisionalmente - los conflictos, no a agravarlos. Lejos de insertarse en la lucha de clases, la deploran y pretenden abolirla: Naser, Perón o Velasco Alvarado no decían otra cosa. Por ello el "pretorianismo radical" intenta a menudo síntesis asombrosas de intereses contradictorios de las que el dogal del aparato del Estado y el dinamismo nacionalista aseguran la cohesión.

La mística de la unidad nacional, ampliamente utilizada por los profesionales del patriotismo, tiende a atenuar las tensiones y se une a la ética administrativa en el desarrollo de un capitalismo de Estado que, según los contextos, hace las veces de capitalismo nacional (como en Africa) o le sirve de ayuda. El refuerzo del Estado asegura la capacidad de arbitraje del centro. Volver a centrar la sociedad y centralizar las decisiones forman las dos caras de una misma preocupación. La conciliación populista es un seguro contra los sobresaltos sociales que no dejarían de afectar el delicado equilibrio de la misma sociedad militar. ¿Pero qué pasa cuando los militares adoptan una ideología revolucionaria que, en teoría, tiende a instaurar el modo de producción socialista y no a construir el Estado nacional?

Marte o Marx: mentalidad marcial y doctrina marxista.

En Brazzaville y en Mogadiscio, en Cotonú o en Addis Abeba, militares en el poder se inspiran oficialmente del marxismo-leninismo. En Portugal, los centuriones del 25 de Abril se declaraban asimismo adictos a las distintas versiones del pensamiento de Marx. Se tiene derecho a interrogarse acerca de este encuentro en apariencia sorpren-

dente y de la función misma del marxismo en los regímenes de dominio militar, incluso de la reformulación eventual que pueden haberle hecho experimentar los "camaradas" de uniforme. No nos parece suficiente - apartar este razonamiento inesperado como una "palabrería revolucionaria" insignificante (23). Asimismo, no sería supérfluo examinar si estos soldados marxistas han dado vida a regímenes de tipo distinto a los de las demás "revoluciones militares" con ideologías menos explícitas o más pragmáticas.

Hay que poner aparte, desde luego, el caso de Portugal del MFA porque se trata de un régimen de transición en el que el poder militar y el pluralismo civil cohabitan y se interpenetran. Y nunca, pese al celo de la 5ª división y a su acción de "dinamización cultural" fuertemente inspirada entre otros por el partido de Cunhal, el marxismo-leninismo ha sido oficialmente la doctrina del Ejército o del gobierno. Hay que tener también en cuenta en todos los demás casos, las circunstancias nacionales que han llevado consigo la adopción del "socialismo científico". No cabría menospreciar un cierto oportunismo diplomático y la búsqueda del apoyo de los países del Este con vistas a llevar a buen término una experiencia nacionalista. De hecho, las situaciones son múltiples. En el Congo, por ejemplo, el capitán N' guabi después del golpe de Estado de 1968, no hace otra cosa que volver a tomar a su cuenta el discurso marxista-leninista de Massemba-Debat que derrocó merced a la ayuda del ala izquierda del partido único (24).

Sea lo que sea, hay que observar que hoy día, en el Tercer Mundo, el marxismo aparece en Estados jóvenes como un método de desarrollo acelerado y autónomo. Pero hay que tener en cuenta otros aspectos que afectan al dominio del poder. Incluso si esas repúblicas militares no se transforman en Estados comunistas, es bastante visible que esos regímenes se quedan con el leninismo. Y un leninismo muy esquemático (25) que se refiere sobre todo a la organización y al papel del partido. Contrariamente a lo que piensa Huntington que sólo ve una correlación negativa entre el marxismo y la mente militar, las afinidades del espíritu militar y del marxismo "ulianoviano" (26) no son despreciables. Si el autor de "¿Qué hacer?" y sus seguidores ven el partido de la revolución como un Ejército "organizado en la forma más centralista posible" y dotado con "una disciplina de hierro lindante con la disciplina militar" ¿por qué no sería el Ejército un partido perfecto de revolucionarios? En la "canonización del partido" de los sistemas leninistas se hacen eco de la sacralización del Ejército, acogida por el mesianismo de los soldados

putschistas. El antiparlamentarismo, la teoría de las vanguardias no disgustan a ciertos pretorianos rojos. Y el estatismo de los regímenes comunistas permite justificar el incremento de la acción económica del Estado al servicio de las burocracias militares (y a veces civiles también).

Pero, más allá de estos puntos de convergencia o de asimilación relativamente superficiales, el marxismo, en su versión leninista que tiende en cierto modo un puente entre el radicalismo social y los valores militares, parece revestir especialmente en el contexto africano, múltiples funciones. En primer lugar, esta ideología antitradicionalista es un factor de unidad nacional. Simboliza el cambio y señala evidentemente el adversario, o más a menudo, el chivo expiatorio de los males que padece el país. Pero, además, por su estatuto "científico" y por lo tanto "no ideológico", fundamenta en la razón, la voz del poder y prohíbe cualquier discusión de sus decisiones (27). El acento puesto en la hegemonía de una clase, incluso mítica - incluso ausente - permite imponer el Estado a los particularismos étnico-regionales. La ruptura de los vínculos primarios en provecho de las solidaridades horizontales es evidentemente un importante factor de cohesión al servicio de la edificación nacional. El empleo de una retórica revolucionaria universalista (y patentada) constituye además un sustituto de la participación popular. La condena por parte del leninismo de la espontaneidad de las masas conviene a regímenes de movilización no participante. Finalmente, parece que el discurso marxista-leninista brinda, entre otros, a las élites militares del Congo o de Benín, un medio de relacionar en términos doctrinales - unos enfrentamientos sectoriales, a la par que deja al Ejército intacto y al margen de las verdaderas empresas arriesgadas. El marxismo-leninismo no modifica los mecanismos del poder militar sino que los perfecciona. Y el "socialismo de cuartel" denunciado anticipadamente por el mismo Marx está muy a gusto a la sombra de las bayonetas.

REVOLUCION Y LEGITIMIDAD MILITAR

Clases y cambio social.

¿Cuáles son los parámetros y los mecanismos que actúan en los Ejércitos revolucionarios y contribuyen a fijar límites a su impulso, incluso a reorientarlos en un sentido moderado o conservador? A tal pregunta, muchos autores contestan globalmente por la pertenencia social de los Oficiales y la estructura de la sociedad en la que están insertos. Partiendo de la hipótesis de que los Oficiales, en su mayoría, proceden de los sectores sociales intermedios, consideran que el dinamismo progresista de los Ejércitos depende de la extensión de la clase media. Cuando la clase media es numéricamente débil, el Ejército, que se supone representarla, sería hostil al statu quo; cuando las capas medias son fuertes, el Ejército, por el contrario, cerraría el camino al cambio (28). Dejemos de lado el acento puesto sobre el reclutamiento y el origen familiar que no es universalmente convincente. Es cierto que los regímenes militares reformadores atacan antes que nada las fuerzas tradicionales y los arcaísmos sociales y parecen dar muestras de una gran prudencia frente al capitalismo nacional. La búsqueda de la independencia, la ruptura de los dominios precapitalistas constituyen dos grandes orientaciones del progresismo militar. De ahí, a deducir que los intereses de las clases medias, son los únicos en tela de juicio y que existen correlaciones entre el radicalismo militar y el porcentaje de los sectores medios, nos parece que hay largo trecho. Otros elementos -como la naturaleza del Estado o la coyuntura internacional - parecen de hecho ser tan determinantes. Prueba de ello, la existencia de casos desviantes

en los que los Oficiales-políticos hacen reformas pese a una clase media importante. Nordlinger cita en este caso a Egipto, Irak y Turquía. Añadiremos Argentina, donde las numerosas y complejas clases medias han sido las principales víctimas del obrerismo de los militares que toman el poder en 1943 (29). Esta dimensión social, incluso si existe, no determinada por lo tanto en forma unívoca las actitudes de los Oficiales y es sin duda menos importante que ciertos factores que se deducen de la especificidad militar.

Dominio militar y objetivos corporativos.

Se olvida a veces la identidad de un Ejército demasiado mezclado a las vicisitudes políticas y a los azares sociales. El Ejército no es una asociación voluntaria o un partido y, en diversos grados, pertenece más al Estado que a la sociedad. Institución del Estado, encargada de la defensa nacional, sus miembros, en todos los niveles, se entrenan y se preparan para defender a la Nación con las armas. El recuerdo de esta verdad sin importancia no tiene más interés que el de señalar que los cuerpos militares funcionan según una lógica propia estrechamente vinculada a su finalidad manifiesta. Así, las intervenciones militares en la vida política están necesariamente fundadas en términos estratégicos, en relación a las tareas de defensa y conforme a la ética profesional. La acción política no puede tener en el interior del Ejército y ante el encuadramiento otra legitimidad que la militar. El Ejército antes reacciona que actúa. La percepción de las amenazas determina sus decisiones y dicta sus estrategias. Esto es lo que fija las más de las veces los contornos y los topes de las transformaciones sociales emprendidas por los Oficiales revolucionarios.

La defensa de la Nación entendida en un sentido a la vez militar y extramilitar puede tomar direcciones múltiples. Pero el mantenimiento, la supervivencia de la entidad nacional consisten ante todo en incrementar la capacidad defensiva del país, en reforzar su potencial militar. Lo que va desde la preocupación por la robustez de los reclutas hasta la exigencia de una industria independiente, pasando por el interés manifestado, en cuanto a la moral de los grupos civiles. Se trata entonces de romper lo que debilita una defensa autónoma y eficaz pero evitando las tensiones y los conflictos que desorganizarían asimismo las capacidades defensivas. La persecución de los "grandes objetivos nacionales" definidos por el Ejército puede implicar "cambiarlo todo para que todo siga igual", porque sólo se defiende lo que existe. Pero asimismo regí-

menes de Oficiales pueden lanzarse a una revolución preventiva, modalidad radical de la "modernización defensiva". Únicamente la lucha de clases, incluso si se reconoce que existe y que no se la puede abolir por decreto, no entra en el esquema de los pretorianos. De ahí el interés por la justicia social que según Naser, por ejemplo - la hará desaparecer y volverá a soldar a la Nación.

En esta perspectiva se puede comprender las revoluciones de uniforme en Perú después de 1968. País débil, con un amplio sector arcaico, donde una parte de la población no está integrada en la vida nacional, Perú tiene que reforzar mediante grandes transformaciones su "potencial nacional". Un General explicaba de este modo a un periodista el fundamento militar de la "Revolución": "Hay que darle a todos los peruanos algo que valga la pena ser defendido" (30). El Ejército sudanés toma el poder en 1969 para cortar el nudo gordiano de los dominios tradicionales que comprometen la unidad nacional. Los "Oficiales libres" se esfuerzan en resolver el punzante problema del Sur no musulmán y separatista, rompiendo a la par el sistema feudal de clan y religiosas que bloquean cualquier evolución. Las legiones portuguesas no pensaban ciertamente construir el socialismo en la mañana del 25 de Abril, sino dar una salida política a las vanas guerras coloniales, librando al país de un régimen mediocre, represivo y subdesarrollado, rechazado por Europa. Las "revoluciones militares" son sin duda más militares que revolucionarias. Y un Ejército realmente profesionalizado no cruza nunca alegremente el Rubicón de la legalidad: cualesquiera que sean los apetitos de poder de los Oficiales superiores, incluso en las sociedades de hegemonía militar duradera, es decir, en las que el Ejército forma parte del juego político normal y ocupa una posición dominante en éste, el coste institucional de las intervenciones es siempre elevado; es preciso por lo tanto que un fuerte imperativo profesional - en el sentido más amplio - haga aparecer como indispensable para los mismos fines de la institución, la violación de los códigos reglamentarios. Entendámonos bien: tal afirmación no quiere decir en modo alguno que se acepten las explicaciones del militarismo. Eso sería confundir las causas de las intervenciones y el funcionamiento efectivo de los cuerpos militares como fuerzas políticas. Queremos simplemente recordar que, por otra parte, todo Ejército es un organismo entrovejado debido a sus funciones de Defensa Nacional. Dicho de otro modo, la situación exterior desempeña un papel decisivo en la determinación de los objetivos militares. No es excesivo pensar que la coyuntura internacional es una variable particularmente importante en la orientación de las intervenciones militares y en la evolución de éstas (31).

Sin minimizar las brechas y las luchas internas que dan cuenta de ciertas variaciones bruscas, se puede suponer que una percepción distinta de las amenazas exteriores cambiantes, arrastra revisiones globales a través de las que el Ejército recompone sus equilibrios internos y se adapta a la nueva coyuntura, adoptando una línea distinta. Este fenómeno de regulación casi cibernética no es ciertamente propia a todos los Ejércitos que intervienen, progresistas o no. Pero parece haber desempeñado, por ejemplo, un papel no despreciable en los reajustes internos del gobierno militar revolucionario peruano que han arrastrado la caída del General Velasco y, tal vez, también en el seno del Consejo revolucionario de la República popular del Congo.

En consecuencia, es lógico que la preservación de la misma institución, de sus valores, de su cohesión y de su autonomía ocupe un amplio lugar en los móviles de los Oficiales, aunque sean revolucionarios. Se ha observado muy a menudo que la revolución se detiene a la puerta de los cuarteles cuando es dirigida por los militares. Los enfrentamientos internos se saldan a menudo con depuraciones y destituciones, incluso por una represión violenta, pero dentro del marco reglamentario y por así decirlo, "entre pares". Por mucho que los centuriones se proclamen socialistas, no admiten que el movimiento social que han desencadenado irrumpa dentro de los Regimientos. Deploran que los Oficiales estén divididos en tendencias y corrientes antagónicas. Pero el cuerpo de Oficiales reacciona vivamente si los Suboficiales o la tropa se agrupan sobre bases políticas, si crean "consejos"; la disciplina es violada, los valores fundamentales en peligro. Si la continuación de la revolución tiene por precio la disgregación del Ejército, la revolución tiene que detenerse.

Así en Portugal, los Oficiales "revolucionarios" no se oponen a los comités de obreros en las fábricas ni a los de "moradores" en los barrios, pero la introducción de las asambleas generales y la aparición de los SUV (consejos de soldados llamados: "los soldados unidos - vencerán") pone fin a un frágil consenso militar. Pocos Oficiales, cualquiera que sea su mentalidad, toleran procedimientos democráticos que desembocarían en deshacer el Ejército. La misma idea de adoptar una "disciplina revolucionaria" es rápidamente desechada. Ningún Oficial parece dudar que la intrusión militar arrastraría su desaparición como instrumento eficaz de combate. Incluso los más "avanzados" de entre ellos, aquéllos mismos que piensan que la disciplina y la autoridad jerárquica deben dejar lugar, a una real democratización interna, para evitar un re

torno en fuerza de los militares conservadores y de sus aliados civiles, titubean mucho. Así el General Otelo de Carvalho ratifica la destitución de un jefe de unidad moderado, por sus hombres (Jaime Neves) y luego, volviendo por sus fueros el espíritu de cuerpo, lo restablece en sus funciones condenando, poco revolucionariamente, "la ingerencia de un grupo político en las actividades del Ejército" (32). El sistema de valores rígido y la autonomía institucional ocupan sin duda un lugar mucho mayor en la actitud política de los militares que las influencias o las admiraciones ideológicas externas.

Procesos internos y partidos militares.

La adopción de una orientación ideológica explícita parece siempre subordinada, en los Ejércitos, al sistema normativo y a reglas o usos casi universales. La fluidez, incluso la inconsecuencia ideológica a menudo observadas se deben en parte al hecho de que los mecanismos de interacción propiamente institucionales atemperan las elecciones independientes. Fidelidad personal de clan o de clientela, afinidades profesionales o pertenencia de generación prevalecen sobre las deficiones ideológicas intelectualmente motivadas. Además, sólomente el respeto de estos procedimientos reviste una cierta legitimidad interna.

Asimismo, excepto en casos muy raros de desgarramientos que ponen en peligro la institución, la debilitan o la desmilitarizan ampliamente, la búsqueda asidua de la unidad del Ejército frena su dinamismo reformador. La acción de guerra limita de hecho la radicalidad de los cambios promovidos por el poder militar. La obtención de un cierto consenso en los Ejércitos profundamente segmentados desemboca en acuerdos acerca de una línea media o un mínimo denominador común, poco propicios a los grandes cambios y a los adelantos sociales audaces. Como en todas las instituciones constrictivas y jerarquizadas que deben preservar su unidad, esta exigencia pasa por el frenado de las vanguardias y el peso desproporcionado de los sectores más tradicionales. Así Ejércitos muy divididos, como el argentino, conocen alternancias permanentes de enfrentamientos y de reconciliaciones que aseguran un inmovilismo que tiene la apariencia del movimiento.

¿Hay que decir para concluir que todos los Ejércitos son esencialmente conservadores o que las revoluciones militares sólo son ficticias? No pensamos saber hasta que punto han derribado puertas abiertas. Hemos querido sencillamente subrayar la importancia del par

particularismo militar en la dinámica del dominio marcial. Esto no significa en modo alguno subestimar los constreñimientos externos, las configuraciones sociales y los conflictos nacionales para oponer gratuitamente regímenes civiles y regímenes militares. No se ha querido colocar el debate a este nivel. Tampoco, porque a veces hemos empleado lo genérico, creemos que exista una esencia del militar y del Ejército siempre y en todas partes. Nos referíamos aquí, ante todo, a casos concretos históricamente situados. Comparar es, desde luego, lo contrario de generalizar.

No ignoramos que el término Ejército cubre realidades muy distintas incluso y sobre todo en el "Tercer mundo". Que el nivel de "profesionalización" y de penetración por la sociedad global de los Ejércitos difiere de país a país. Sin embargo, todos los aparatos defensivos tienen semejanzas formales y características institucionales comunes que son las condiciones "sine qua non" del cumplimiento de sus misiones. Estos rasgos comunes engendran valores permanentes y prácticamente universales más allá de las experiencias históricas nacionales. Reconocer la existencia de valores militares no significa pretender que una ideología marcial homogénea une a los Oficiales de todos los países. Más modestamente, esto se reduce a poner en relación actitudes militares con la dualidad normativa de las instituciones armadas.

La organización militar es, en efecto, una burocracia dotada de armas al servicio exclusivo del Estado. Su finalidad, tanto como sus modalidades de funcionamiento - independientes del contexto nacional - engendran dos tipos de valores distintos. En otras palabras, hablando como los sociólogos especializados, la ética o el código simbólico de los militares procede bien conjuntamente, bien exclusivamente de un sub-sistema funcional u operacional y de un subsistema organizacional (33). A partir del reconocimiento de esta dualidad y de las tensiones que engendra, se puede comprender mejor que la legitimidad interna es un resorte esencial en el funcionamiento extramilitar de los Ejércitos, cuyos límites fija.

¿Quiere esto decir que el progresismo militar se reduce a una de las variantes de la "modernización conservadora"? Sería muy tentador recoger el análisis de Barrington Moore del autoritarismo bismarquiano y de la "revolución desde arriba". Los "pretorianos radicales" - ¿no sustituyen a una "revolución popular violenta para apartar los obstáculos "feudales" que se encuentran en el camino de la industrialización"

y más generalmente de la modernización? ¿No parecen a veces tener por resultado "resolver lo insoluble: modernizarse sin modificar las estructuras sociales" (34)? Nos cuidaremos mucho de perseguir tal asimilación: ni tenemos la distancia necesaria ni un conocimiento histórico suficiente para situar en la larga duración de una eventual modernización - conservadora el Perú posterior a 1968 o la Etiopía de Deurg. Nos contentaremos por lo tanto, provisionalmente, de emitir la hipótesis de que en las revoluciones militares la forma (militar) condiciona y modela ampliamente el contenido (revolucionario). Sólomente estudios de casos permitirán evaluar la validez de esta proposición.

N O T A S

- (1).- Nourry (P) "Perú: militares distintos de los demás", crecimiento de las naciones jóvenes, (92), Octubre de 1969, pp.5-9.
- (2).- Ver entre otros: Besaid (D), Rossi (C), Udry (C.A.), Portugal, la revolución en marcha, París, Bourgeois, 1975.
- (3).- Ver especialmente Johnson (John J.) y otros, The role of the military in underdeveloped countries, Princeton, Princeton University Press, 1962; Bienen (Henry), The Military and Modernization, Chicago, Aldine-Atherton, 1971.
- (4).- Cf. First (Ruth), Power in Africa, Nueva York, Random House, 1971, p. 452.
- (5).- Según Huntington (Samuel P.), Political orden in changing societies, New Haven, Yale University Press, 1968, p. 266.
- (6).- Como lo comprueban y lo analizan, como militantes desengañados Claudie y Jacques Broyelle y Evelyne Tschirhart en su libro: Deuxième retour en Chine, París, Le Seuil, 1977, p. 327.
- (7).- Plan Inca, Plan del Gobierno revolucionario de la fuerza armada, Lima, Ed. Inkari, (s.d.) pp. 5 y 46-47.
- (8).- Middlebrook (K.J.), Scott Palmer (D), Military government and political development: lessons from Perú, Beverly Hills, Sage Publication, 1975, p. 16. Ver asimismo Neira (Hugo), Perú: informe urgente (el papel de las fuerzas armadas en el proceso revolucionario), Madrid, Edicusa, 1971, p. 46.
- (9).- Middlebrook (K.J.), Scott Palmer (D), op. cit., p. 21.
- (10).- Citado en Vernier (Bernard), Armée et politique au Moyen-Orient, París, Payot, 1966, p. 107.

- (11).- Nasser (Gamal Abdel), *Filosofía de la revolución*, Madrid, s.e. 1964, p. 40.
- (12).- Lacouture (J), *Quatres hommes et leur peuple, surpouvoir et sous-développement*, París. Le Seuil, 1969, p. 103.
- (13).- Según la fórmula de Brian Louveman y Thomas M. Davies, editor de un libro titulado *The Politics of anti politics. The military in Latin America*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1978.
- (14).- Citado en Vatikotis (P.J.), *The Egyptian army in politics: pattern for new nations*, Bloomington, Indiana University Press, 1961, p. 82.
- (15).- Nasser (Gamal Abdel), op. cit. p. 29.
- (16).- Nouaille-Degorce (Brigitte), *L'évolution des régimes militaires en Somalie et au Soudan*, Burdeos, Institut d'études politiques, mesa redonda de los 4 y 5 de Febrero de 1977.
- (17).- Pye (Lucien W.), *Armies in the process of political modernization*, en Johnson (John J.), ed. *The role of the military in underdeveloped countries*, Princeton, Princeton University Press, 1962, p. 81.
- (18).- *Hablando como Michel Crozier. Ver Crozier (M), Friedberg E, L'acteur et le système*, París, Le Seuil, 1977, pp. 338 y ss.
- (19).- *Le Monde*, 18 de Enero de 1977, *Complots en série y Langellier (J-P) Deux ans de marxisme-léninisme au Bénin*, *Le Monde*, 30 de Noviembre-1 de Diciembre de 1977.
- (20).- Decalo (Samuel), *Coups and army rule in Africa (Studies in military style)*, New Haven, Yale University Press, p. 156.
- (21).- Según Sylvain Camara, *Le parti démocratique de Guinée et la politique des investissements privés étrangers*, *Revue française d'études politiques africaines*, Marzo de 1976, p. 72.
- (22).- *Ver lo que se refiere a Perú: Pétras (J), Rimensnyder (Nelson), Los militares y la modernización de Perú*, *Estudios Internaciona*

cionales, 1970, nº 13, pp. 90-123 y Bourricaud (F), Voluntarismo y Experimentación. Los militares manos a la obra, Mundo Nuevo, Diciembre de 1970, pp. 4-16.

- (23).- Incluso si este razonamiento es simplemente recogido del régimen precedente para enmascarar la continuidad. Ver Bertrand (Hugues), Congo, bras de fer et pieds d'argile: un régime en sur-sis, Le Monde diplomatique, Abril de 1978, p. 16.
- (24).- Ver Decalo (Samuel), op. cit. pp. 154-157 y Franceschini (P-J), Le Congo et la radicalisation, Le Monde, 21-22 de Marzo 1976.
- (25).- Ver, por ejemplo, los discursos y escritos del Capitán Marien N'guabi: N'guabi (Marien), Vers la construction d'une société socialiste en Afrique, (Ecrits et discours...), París, Présence africaine, 1975, p. 727.
- (26).- Huntington (Samuel), The soldier and the state, Nueva York, Random House, 1957, pp. 90-91.
- (27).- Según la duodécima de las 21 condiciones de admisión a la Tercera Internacional.
- (28).- Tesis desarrollada por Huntington (Samuel) en su libro Political order in changing societies, op. cit. p. 222. Recogida por numerosos autores, es objeto de un análisis de correlaciones por Nordlinger (Eric. A), Soldiers in mufti: the impact of military rule upon economic and social changes in Non-Western states, American political science review (LXIL), 4 de Diciembre de 1970, pp. 1131-1148. Para una revisión crítica de esta tesis sobre la base de nuevos cálculos de correlaciones, ver Jackman (Robert), Politicians in uniform: military government and social change in the third world, American political science review (LXX), 4 de diciembre de 1976, pp. 1078-1097.
- (29).- Ver Rouquié (Alain), Pouvoir militaire et société politique en République argentine, París, Presses de la Fondation nationales des sciences politiques, 1978, capítulos 8 y 9 passim.
- (30).- Según el General Marín contestando a Croissance des jeunes nations, 1 de Febrero de 1974.

- (31). - Hemos desarrollado más especialmente este punto a propósito de Hispanoamérica en nuestro artículo Révolutions militaires et indépendance nationale en Amérique latine (1968-1971), Revue française de science politique, Octubre-Diciembre de 1971, pp.1248-1258.
- (32). - Porch (Douglas), The Portuguese armed forces and the revolution, Stanford (Cal.), The Hoover Institution Press, 1977, p. 206.
- (33). - Ver, especialmente, el artículo de Etienne Schweisguth, L'institution militaire et son système de valeurs, Revue française de sociologie XIX, 3, Julio-Septiembre de 1978, pp. 373-390.
- (34). - Moore (Barrington), Les origines sociales de la dictature et de la démocratie, París, F. Maspero, 1969, pp. 351-353.
-